XXVI.

Signos sacados del volúmen del cuerpo.

Generalmente es mal signo en las enfermedades agudas que la robustez de los enfermos no disminuya y que no se enflaquezcan en razón de la gravedad y duración del mal que trabaja toda la economía, pues debe temerse entonces la ataxia que fácilmente conducirá á la muerte, ó á lo menos prolongará indefinidamente la enfermedad.

El edema es una hinchazón serosa ó hidrópica, limitada á ciertas partes exteriores, como la cara, las manos ó los piés; las partes edematizadas ceden bajo el dedo y conservan por algún tiempo su impresión. El edema de las manos, de los piés, de los párpados ó de la cara que se manifiesta en un período avanzado de las enfermedades crónicas, es signo muy funesto que anuncia gran debilitamiento ó lesión orgánica mortal de alguna víscera; y también son funestas las infiltraciones parciales en el trascurso de las enfermedades agudas. El edema de los párpados superiores, que en las enfermedades agudas persiste después de la desaparición de los otros síntomas, anuncia una recaída.

Cuando la hidropesía del bajo vientre es esencial, primero se hinchan los piés; mas cuando depende

de una afección orgánica, la tumefacción del bajo vientre se muestra desde luego, y esta de ordinario es incurable y mortal. En la tisis y enfermedades orgánicas del corazón, el edema en las extremidades es anuncio de próximo fin. Si la hinchazón es general el peligro es más grande. En los individuos atacados de escorbuto grave, el edema de las extremidades es muy malo, lo mismo que el que desarrollado durante la gestación en mujeres débiles y caquécticas, no se disipa por el parto.

La enfisema es una hinchazón blanda, elástica é indolente, formada por el aire introducido en la parte tumificada, y no retiene la impresión del dedo como el edema. La enfisema que sobreviene á consecuencia de fractura de las costillas, es mortal. Si el aire ha penetrado en la cavidad abdominal y atiranta considerablemente sus paredes, ó si esta tumefacción es producida por la acumulación de gases intestinales, hay un accidente grave que se llama timpanitis, porque el vientre resuena como tambor al herirle; y es extremamente grave y casi siempre mortal.

Generalmente es muy mal signo que los enfermos se enflaquezcan prontamente con exceso y de un modo sensible desde el principio de una enfermedad. También se debe temer una enfermedad grave y peligrosa cuando sobreviene el enflaquecimiento sin razón conocida y sin causa suficiente

apreciable. El enflaquecimiento que va siempre aumentándose en las enfermedades crónicas, orgánicas, tísis, cánceres, grandes supuraciones, etc., es muy mal signo y ordinariamente mortal; lo mismo debe decirse del enflaquecimiento que persiste y se aumenta á consecuencia de flegmasias agudas del pecho, pleuresía, peripneumonía, catarros pulmonares ó hemotisis abundantes; sobre todo si á la emaciación se junta una fiebre lenta ó hética, pues en todos estos casos es muy de temerse la tisis, si no es que ya existe.

XXVII.

Signos sacados del color de la piel.

Hablaremos primeramente de la piel pálida y descolorida; segundo, de la piel terrosa, lívida y plomiza; tercero, de la piel de un rojo más ó menos intenso; cuarto, en fin, de la piel amarilla.

La palidez excesiva de la piel en las enfermedades agudas, es generalmente un signo funesto, sobre todo, si la palidez tira al color terroso ó lívido; pues esto anuncia la invasión de un estado adinámico ó atáxico. El peligro llega á ser grande cuando en las erupciones cutáneas la piel cesa de

estar roja y toma un color pálido y blanquizo, en donde se descubren apenas algunas señales de la erupción que vuelve á aparecer. En este caso hay lugar de temer una metastasis sobre las vísceras, el cerebro y particularmente en los pulmones.

El color plomizo, lívido y terroso, es un signo malísimo en las enfermedades agudas y en el último período de las crónicas. La lividez que sobreviene en las fiebres pútridas y malignas es muy funesta, y si va creciendo progresivamente, anuncia una muerte casi cierta.

La lividez y el frío de las extremidades anuncian una muerte muy cercana en el caso de gangrena ó inflamación gangrenosa, como el carbunclo y la pústula maligna. El color lívido y plomizo en el último período de las hidropesías, es igualmente un signo de muerte cercana. En todos estos casos las fuerzas están agotadas y el pulso de ordinario es pequeño y frecuente.

El color rojo de la piel se hace notar en una multitud de enfermedades, como en la erisipela, la zona y la escarlatina, etc.; pero estas diversas exantemas no tanto son señales de enfermedades cuanto enfermedades verdaderas, per lo cual nos limitaremos al examen de las petequias y de las manchas purpurinas.

Llámanse petequias unas manchitas rojas seme-

jantes á picaduras de pulgas, ménos el puntito central que en estas últimas se advierte.

Las petequias sobrevienen casi en todas partes excepto en el semblante: muéstranse ordinariamente en el curso de las fiebres agudas, graves, el tifo, las fiebres pútridas y malignas, etc.

Las manchas purpurinas ó la púrpura ofrecen un color más oscuro, tirando á vinoso ó violado, aunque con frecuencia se las confunde con las petequias, pero son diferentes; pues estas son más pequeñas y rojas y las otras más oscuras y como del tamaño de una lenteja. Obsérvanse frecuentemente en todas las fiebres de mal carácter y en las viruelas muy graves. Miéntras más numerosas, oscuras y lívidas, violadas y negruzcas son las manchas, más temible es la muerte. Sin embargo, nunca debe establecerse el pronóstico sobre este signo solo, sino más bien sobre el conjunto de otros muchos malos síntomas y sobre las circunstancias concomitantes.

La retrocesión ó desaparición brusca de las petequias, á veces es muy grave y hasta mortal, cuando la respiración al mismo tiempo se hace frecuente, desigual y difícil, con fuerte presión, el pulso débil, veloz é intermitente, y sobreviene delirio con sudores fríos y convulsiones.

La púrpura en el curso de una angina es siempre un signo grave; y cuando á ella se junta el hipo, suele ser mortal. Las petequias que se unen á las

fiebres eruptivas, como viruelas, sarampión y escarlatina, son mal signo y deben hacer temer un término funesto.

La coloración de la piel de amarillo es, como todos saben, la clorosis ó ictericia; y este color amarillo es algunas veces tan oscuro que tira á verde y aun á lívido y negro; todos los objetos aparecen á los ictéricos como teñidos de amarillo, y por un vicio de secreción de la lengua, todos los alimentos amargos. Según Hipócrates, la amarillez sintomática es en general de mal presagio si se manifiesta antes del séptimo día; y al contrario, es ventajosa cuando aparece en un día crítico como el séptimo, nono, undécimo y decimocuarto, á menos sin embargo que no sea el resultado de una inflamación de hígado ú otra afección grave de esta víscera.

XXVIII.

Signos sacados de la temperatura del cuerpo.

Obsérvase con frecuencia en las fiebres atáxicas gran desigualdad en la temperatura del cuerpo; á veces la cabeza está ardiendo y los piés helados, ó media cara fría y media caliente; y estas aberra-

ciones de la calorificación concurren con otros malos signos á hacer conocer el peligro inseparable de estas fiebres. El frío que dura muy largo tiempo, que es excesivo y acompañado de signos de gran debilidad, es peligroso. Si un frío de este carácter aun sin debilidad, señala el principio de una fiebre intermitente ó remitente, y si sobreviene un nuevo acceso con un enfriamento excesivo, glacial, de las extremidades inferiores, es moralmente seguro que sucumbirá en uno de los accesos que constituyen la fiebre perniciosa álgida. He aquí el orden de esos accesos formidables: el primero se conoce por el frio excesivo y prolongado de los pies; en el segundo el frío gana las piernas; en el tercero se hielan las costillas; y en el cuarto, todo el tronco es invalido por un frío extremadísimo, y el enfermo sucumbe infaliblemente, y aun á veces desde el tercer acceso. Sería imprudente, pues, el dejar venir el segundo, pues debe saberse que la medicina posee el dichoso y maravilloso poder de prevenir con certidumbre estos accesos mortales con ayuda del heróico quinino; y gracias á este magnífico beneficio de la Divina Providencia, el médico puede decir hoy á la fiebre perniciosa: *hucusque venies et non procedes amplius.* (Job).

Los calofríos que atacan fuertemente en las enfermedades agudas, anuncian mucho peligro.

Si sucede al fin de una fiebre remitente, (fiebre contínua con accesos de frío), cuyos accesos han

ido aumentando siempre con síntomas formidables; si sucede en tales circunstancias que un nuevo redoble se anuncie por un enfriamiento excesivo de las extremidades, el cual se extienda y se propague al punto de ganar las extremidades inferiores en toda su extensión, poniéndolas frías como el mármol; si este frío dura dos ó tres horas, ó más, tales signos dan lugar á temer que el enfermo sucumba en el nuevo acceso que anuncian.

Un largo y violento calosfrío que sobreviene en una fiebre continua en un enfermo ya muy débil, es mal signo y á veces mortal, principalmente si hay sudores parciales y fríos y dolores fuertes en en la cabeza, en el cuello, y afonía.

El enfriamiento lívido de las extremidades desde el principio ó durante el período creciente de las enfermedades agudas, es ordinariamente mal signo y con frecuencia mortal; también es mal signo si en las enfermedades agudas la cabeza y las extremidades permanecen frías, en tanto que el vientre y los costados están calientes; cuando los dedos y las uñas se ponen fríos y lívidos la muerte no está distante.

Si en las fiebres agudas continuas, las partes exteriores están frías, en tanto que el enfermo se queja de un calor ardiente en el interior y de una viva sed, la enfermedad se hace muy grave y peligrosa. El enfriamiento excesivo de las extremidades causado por vivos dolores del bajo vientre

es generalmente mal signo. El frío de las extremidades con sudores fríos, viscosos, grasos, y un pulso miserable, excesivamente pequeño ó nulo, anuncian ordinariamente una terminación pronta y funesta.

Obsérvanse ordinariamente calosfríos irregulares cuando una flegmasia ó inflamación pasa al estado de supuración: y es siempre mal signo que anuncia el mayor peligro cuando la inflamación ataca una víscera ú órgano interno. Si en la peripneumonía ó fluxión de pecho sobrevienen horripilaciones vagas, frecuentemente repetidas ántes de los catorce días, anuncia que se establece la supuración en el pulmón inflamado, y que por consiguiente el peligro es inminente é inmenso; y lo mismo sucede en la hepatitis ó inflamación del hígado, los calosfríos irregulares indican que comienza á supurar con no menor peligro, aunque menos cercano. En ambos casos el frío se hace sentir más hacia los puntos afectados.

Los calosfríos irregulares á consecuencia de graves heridas en la cabeza, anuncian un derrame ó al menos una supuración interna y el delirio. Los que sobrevienen después de las evacuaciones críticas, generalmente son malos.

Si en las fiebres eruptivas y sobre todo en las viruelas, vienen violentos y reiterados calosfríos durante la supuración ó aun después de la completa erupción, debe temerse el más grande peligro, sobre todo si hay espasmos ó convulsiones.

En cuanto al calor, su aumento es uno de los síntomas de la fiebre y de las inflamaciones. En las fiebres biliosas fuertes, es acre y mordente al tacto. Si con aumento considerable del calor se declaran convulsiones de alguna duración, como sucede en las fiebres malignas, debe desesperarse del enfermo.

Cuando en el curso de cualquiera enfermedad aguda, un fuerte calor universal ó parcial cesa de repente, ó da lugar á un frío más ó menos considerable, el caso es mortal; sobre todo si se junta con una disminución considerable de las fuerzas vitales.

En las enfermedades agudas, una fuerte y constante concentración del calor en la cabeza, debe hacer temer el delirio, el frenesí y las convulsiones. En los hidrópicos, si las extremidades (sobre todo los pies y las piernas), de muy frías que están ordinariamente, llegan á ponerse calientes, ardientes, erisipelatosas, hay lugar de temer que su consecuencia funesta sea la gangrena.

Es cosa averiguada que nada hay más peligroso como esos ardores intolerables del interior que coinciden con un grande enfriamiento exterior; y debe temerse entonces una gangrena interna, ó una supuración que no es menos peligrosa que la primera. Es un signo de gran malignidad que al-

gunas partes del cuerpo se calienten y se enfríen alternativamente en muy poco tiempo; y si á esto se junta una considerable postración de fuerzas, el enfermo está en el más grande peligro, por no decir que su pérdida es casi inevitable.

XXIX.

Signos sacados de los olores.

En las fiebres graves tifoideas, adinámicas y atáxicas, pútridas y malignas, un olor fétido, repugnante, nauseabundo, como terroso y cadavérico, es generalmente signo muy funesto, á menos que la fetidez no venga de alguna excreción ó evacuación crítica. A veces se nota en estas mismas enfermedades un olor particular que se compara al que exhalan los ratones, y es siempre de mal augurio, y con el progreso de la enfermedad se hace cadaveroso, y por consiguiente constituye un signo mortal.

Conocida es la extrema fetidez de las viruelas confluentes y malignas; y el grado ó medida de ella es la expresión del peligro en que se encuentran los enfermos.

Suele ser un signo mortal el que la serosidad

de la sangre salida accidentalmente ó por sangría, ofrezca un olor fétido más ó ménos fuerte en las enfermedades pútridas ó malignas; y lo mismo puede decirse de la extrema fetidez de las materias fecales, orinas, sudores, etc., cuando non son evidentemente reconocidas como críticas.

Si el olor agrio de las mujeres despues del parto, se torna fétido, anuncia la fiebre puerperal, la fiebre miliar ó la disenteria, enfermedades todas muy peligrosas en esas circunstancias.

En cuanto á los olores específicos del cáncer y de la gangrena, no puede definírseles ni compararseles con nada; basta haberlos percibido una vez, para reconocerlos siempre.

XXX.

Signos sacados de la traspiración y del sudor.

Examinaremos primero los sudores críticos ó saludables, y los sintomáticos ó desfavorables; segundo, los sudores generales, y los parciales, tercero, su cantidad ó abundancia; y cuarto, sus diversas cualidades físicas.

El sudor crítico sucede comunmente hacia el fin de las enfermedades agudas ó hacia los días críticos;

es general, y ordinariamente tiene lugar por la mañana, procurando siempre consuelo al enfermo. El sudor sintomático, por el contrario, se manifiesta de ordinario al principio de las enfermedades, sucede durante el día y sin disminuir la violencia de la enfermedad, no hace más que debilitar al enfermo.

Los sudores críticos se hacen notar por una detención general, la disminución de los dolores, de la fatiga, del calor y del insomnio; ó por mejor decir, después de un sudor de esta naturaleza el enfermo duerme tranquilamente, el pulso se hace menos frecuente, más igual, ondulante y blando; la piel se hace suave y pierde su aridez; en una palabra, el enfermo experimenta un consuelo y un bienestar general que hasta entences no habia aún sentido.

Todo sudor en general, sea el que fuere y á cualquier época de la enfermedad que sobrevenga, es sintomático y funesto, siempre que aumente la fatiga, quebranto y ansiedad del enfermo; si aumentan los dolores, el calor, los calambres y el insomnio; si el pulso se hace más frecuente, veloz, duro, irregular, desigual; en una palabra, si el enfermo se siente más debilitado y abatido. Un sudor de esta especie no sólo es malo, sino que anuncia peligro para la marcha ulterior de la enfermedad. Los sudores que llegan al período de incremento ó en el más alto grado de intensidad

de las enfermedades, aumentan también su violencia y gravedad.

Los sudores son generales ó parciales; los primeros se derraman por toda la superficie del cuerpo y los otros sólo ocupan algunas partes, como la cabeza, el cuello, las manos ó los pies, etc. Son generalmente funestos é indican lesiones orgánicas, flegmasias ó supuraciones internas, y entonces se muestran en la parte del cuerpo correspondiente al sitio de la enfermedad. Así en los tísicos y asmáticos, los sudores cubren el pecho, y la cabeza en los apopléticos.

Los sudores ácidos son saludables en las enfermedades agudas y peligrosas, por el contrario, en las afecciones crónicas.

Los sudores son muy fétidos en las enfermedades pútridas ó adinámicas; si se manifiestan en los días críticos con otros signos favorables, son de buen augurio, y en los ataques de gota son generalmente saludables.

Los sudores en la frente, cuello y pecho, anuncian en la peripneumonía, que se forma un abceso en los pulmones. Los sudores parciales ó nocturnos de los tísicos anuncian que la enfermedad se ha hecho incurable.

Los sudores parciales ó locales son á veces saludables, como se vé en las anginas y dolores reumáticos y gotosos.

Los sudores sintomáticos aunque abundantes y generales, llegan á ser funestos y mortales cuando están acompañados de otros malos signos, como abatimiento, postración de fuerzas, pulso pequeño y débil, descomposición del semblante, etc.

Los sudores abundantes al principio de las enfermedades agudas son siempre temibles, sobre todo en los enfermos débiles cuyas fuerzas agotan. En general, en cualquier época que se manifieste un sudor abundante, es malo si no es crítico; y aun es muy peligroso si coincide con otros varios síntomas. Los sudores que se manifiestan con delirio y con convulsiones, sin que estos síntomas pierdan de su intensidad, anuncian ordinariamente una muerte próxima. Los sudores abundantes y debilitantes son uno de los principales signos que anuncian un derrame ó una supuración ya hecha en el pecho: en este caso se muestran más particularmente sobre el pecho ó sobre la región correspondiente á los órganos afectados.

Los sudores fríos son en general funestos en casi todas las enfermedades, y en las inflamaciones internas suelen anunciar el paso á la gangrena y á la muerte. En las fiebres agudas los sudores fríos son mortales si están acompañados de otros malos síntomas; pero tienen poco valor pronóstico en los accesos de histeria, hipocondría, ó en los síncopes, etc., advirtiendo que pueden enfriarse

accidentalmente los sudores por descubrirse imprudentemente los enfermos.

En todas las enfermedades agudas y crónicas, lo sudores colicuativos, es decir, abundantes, contínuos, corrientes, viscosos y fétidos, seguidos de un gran colapsus y abatimiento, son peligrosísimos. Los sudores espesos y fríos que se reunen en gotas sobre el cuerpo, son generalmente señal de muerte próxima, tal es el sudor de los moribundos y agonizantes: al contrario, un sudor espeso, viscoso y como pegajoso, hacia el fin de las grandes hemorragias, es una de las más ciertas señales de una dichosa terminación.

XXXI.

Signos sacados de las hemorragias.

No debemos considerar aquí sino las hemorragias sintomáticas, es decir, las que no siendo primitivas, no costituyen enfermedad por sí mismas, y que no siendo críticas son siempre más ó ménos peligrosas. En cuanto á las hemorragias críticas, nos contentaremos con decir que son evacuaciones saludables que no se manifiestan sino en ciertas enfer-